

DISCURSO EN OCASIÓN DE LA ENTREGA DE DIPLOMAS A LOS PROFESORES
EMÉRITOS 2024 DE LA USAL

RECTOR, CARLOS IGNACIO SALVADORES DE ARZUAGA

Queridos Profesores, Señoras, Señores:

Nuevamente tengo el gusto y el honor de presidir este Acto en el que la Universidad del Salvador reconoce y distingue a un conjunto de sus profesores y les confiere la condición de Eméritos.

En el ámbito de la Educación Superior, se vincula el carácter de emérito con trayectorias extensas y antecedentes valiosos en lo académico.

Nosotros, en esta nuestra Universidad, agregamos a esos requisitos otros dos, muy propios de nuestra raíz jesuita: el compromiso con la vocación de enseñar y la fidelidad probada a la identidad de esta casa, que ya camina rumbo a cumplir sus primeros 70 años de existencia.

Suele oírse decir, dentro y fuera del ambiente de la Iglesia Católica, que si hay un rasgo propio de la Compañía de Jesús a lo largo de su historia ése es el del discernimiento.

En efecto: ya el propio San Ignacio de Loyola insistía, en los mensajes a sus discípulos, en la importancia de vivir y enseñar ese ingrediente esencial de la sabiduría bien entendida.

Acertadamente se lo relaciona con la madurez.

Es que, cuando los mayores enseñan suelen no aportar únicamente conocimientos, sino sabiduría.

Y esa transmisión encuentra generalmente eco en las nuevas generaciones.

Más allá de épocas y culturas, el ser humano siempre ha aprendido de sus

mayores, y ese aprender genera un vínculo sólido y fecundo entre quienes ya viven sus años más altos y los que están iniciando su propio recorrido.

Puede decirse entonces que la Universidad, así entendida como reunión de profesores y alumnos para compartir la búsqueda de la verdad, es un reflejo de la vida misma, en su aspecto de tensión permanente y saludable entre experiencia y novedad.

De los mayores se aprende también a controlar las pasiones, a descubrir y admirar lo bueno y lo bello sin veleidades *snoobs* ni pruritos de minorías pretendidamente selectas.

Nosotros, aquí en la Universidad del Salvador, somos privilegiados sin mérito de nuestra parte.

El Señor quiso que creyéramos intelectualmente en un ambiente signado por los principios de la Carta "Historia y Cambio", escrita hace exactamente medio siglo por el entonces Padre Jorge Bergoglio, hoy Papa Francisco.

El primero de esos principios nos propone avanzar mediante el retorno a las fuentes.

Su aplicación práctica –para eso fueron escritos- recomienda justamente escuchar a los mayores cuando aconsejan, advierten o proponen.

Ellos son una fuente viva, abundante y dispuesta a compartir sus saberes.

A partir de aquellos principios de Historia y Cambio y de la voz de nuestros profesores eméritos podemos, y debemos, diferenciar verdades de rutinas y lanzarnos a la aventura de investigar, de proponer caminos nuevos y soluciones creativas a los problemas que aquejan, a veces dramáticamente, a la sociedad en la que estamos y a la que pertenecemos plenamente.

Semanas atrás, en ocasión de que la Universidad conmemorara esos 50 años de su Carta de Principios, Francisco nos envió un mensaje breve y directo en ese sentido. Textualmente dice:

"Quisiera que este homenaje a 'Historia y Cambio' no se limite a dar cuenta de cómo ha guiado el recorrido de la Universidad del Salvador, sino también que

pueda, a la luz de su Misión, definir y orientar el servicio a la comunidad en el presente y en el futuro.

Invito a cada miembro de la Universidad del Salvador a dar testimonio de su identidad ignaciana".

Es decir: el pasado, con toda su gloria, se trae al presente como fundamento y guía del futuro.

Sólo así iremos hacia donde queremos y debemos ir.

Sin esas referencias seguras iríamos hacia donde nos llevaran los vientos cambiantes de las efímeras modas muchas veces autodenominadas intelectuales.

La síntesis de nuestra opción de vida es clara mantiene toda su vigencia: "*dar ciencia a la mente, pero también virtud al corazón*".

Creemos como cristianos que trabajamos para el ser humano considerado en su totalidad.

Por eso entendemos nuestra tarea educativa como un acto de auténtica justicia social: solidarios con nuestros semejantes, conscientes de nuestra filiación común en Cristo, proveemos conocimientos pero bregamos también por la debida inclusión, por equiparar, por integrar.

Y esa tarea no tiene sólo una dimensión horizontal, por así llamarla, sino que principalmente busca acercar a las generaciones en pos de una vida mejor para todos. Francisco nos lo recordó en *Fratelli Tutti*, cuando nos dijo que "*Todo está conectado*".

También, en una jornada dedicada este año a valorar a los mayores, destacó que las piedras más viejas son la base segura sobre las que se pueden apoyar las nuevas para construir, todas juntas, el edificio espiritual de la comunidad.

Ustedes, queridos profesores eméritos, agregan a su vocación, saber y experiencia, una cuota extra de reflexión, sensibilidad y afecto, eso que el ímpetu juvenil a veces descuida pero tanto necesita: son "*maestros de ternura*".

Se ha dicho ya que *no se enseña lo que se sabe, sino lo que se es.*

Y ustedes, como mayores, suelen ver y expresar mejor el significado profundo de las cosas.

Conocen la historia, vivieron la historia. En cierto modo "son" la historia.

Por eso son un regalo de Dios para quienes los suceden; un patrimonio muy valioso, demasiado como para cometer la insensatez de despreciarlo.

Gracias, entonces. Muchísimas gracias. Que Dios los bendiga y San Ignacio los acompañe siempre.